
Mujeres sin pudor

Contrpuestas a la policromía de fantasías folkloristas, las encuestas sociológicas efectuadas por Soumaya Naamane-Gessous en Casablanca, Marruecos, dan voces a un largo silencio. Por primera vez en un país norteafricano, conocido por sus mutaciones “modernas”, 200 mujeres de entre 15 y 45 años, ricas y pobres, educadas y analfabetas, de la ciudad, del campo o nómadas, se entregan sin vergüenza a las preguntas más audaces de la socióloga, trasgrediendo así el proverbio marroquí: “Una mujer sin pudor es como un plato sin sal.”

Quando cae el velo del pudor (“Hchouma”), la vida surge con alivio, en la complejidad de sus más paradójicos e inauditos detalles y secretos, materia doliente que se interroga sobre la sexualidad, el amor, el placer, en sus determinaciones física y psíquica. A lo largo de innumerables preguntas y respuestas, *Más allá del pudor* desdibuja los espacios, circunscribiendo la infancia, la adolescencia y la vida adulta de las marroquíes, haciendo hincapié en la sempiterna línea de fuego que se-

para las esferas femenina y masculina, mundos dependientes de estructuras conceptuales, religiosas y jurídicas, y sobre todo del inconmensurable peso de las creencias populares.

A diferencia de aquella tradición popular, el Corán exalta la voluptuosidad sexual dentro de un marco lícito, oponiendo una metafísica alegre a los dogmas puritanos del cristianismo. El placer sexual es expresión de adoración hacia lo divino y anuncia la voluptuosidad eterna del paraíso. Pero el Corán también exige una purificación cotidiana en la antecámara del paraíso, lugar donde los hombres tendrán “vírgenes de mirada modesta, en jardines regados por ríos donde morarán eternamente mujeres exentas de toda mancha.”

Una doble exigencia amplificadora por el contexto cultural va moldeando los imaginarios: una sexualidad desenfrenada será paradigma de virilidad, un marido virgen sería ridículo, mientras que una sexualidad ambigua y traumatizante caracterizará el destino de la mujer enfrentada a la siguiente contradicción: pura, virtuosa e ignorante, ella tendrá a la vez la obligación de mostrarse deseable, sensual y disponible. De ahí un desdoblamiento de identidad, de vida sexual y social

que impedirá cualquier eclosión de su personalidad.

Dos gritos (en lugar de tres para el varón) celebran el nacimiento de la niña que mamará menos tiempo que sus hermanos. Los privilegios de los unos acrecentarán la injusticia perpetrada, en nombre de la honra, contra las otras, cuya vida se llenará de tabúes vinculados con la función erótica. Puesto que según la sabiduría popular "tener una hija en casa es como tener una caja de pólvora durmiendo", la madre le recomendará a su hija que "proteja sus partes genitales más que sus ojos" y que no se deje tocar por los hombres porque "su cuerpo no le pertenece".

Ninguna comunicación franca acompañará la adolescencia de la niña ("manchada" los días de su regla) que sale del mundo cerrado de la familia donde tiene que cumplir un papel de autómata, para entrar en un mundo escolar mixto, pero sin consecuencia para un ser que no está destinado ni al arte, ni a la ciencia, ni al deporte, sino al matrimonio. ¿Acaso no se dice de una buena familia que "no se ve la sombra de sus hijas en el umbral de su casa"?

Sometida a una vigilancia permanente, la joven marroquí escoge a sus amigos en secreto o vive frustrada entre amistades im-

puestas por sus padres y limitadas a primos y vecinos. A pesar del pseudomodernismo en boga, se multiplican las obsesiones y sus corolarios, los dictámenes que fomentan censura, culpabilidad y autocensura. Obsesionada por la virginidad de su hija, una madre omnipresente escruta su anatomía y su higiene, con la ayuda, si es necesario, de curanderas indiscretas. La obsesión se centra en la conservación de la preciosa membrana, el himen, que tiene que mantenerse intacta hasta el día del casamiento. Último recurso, la himenorrafia es una operación quirúrgica que consiste en recuperar y suturar los vestigios del himen: 63 mujeres del total de 75 entrevistadas por la autora conciben esta práctica como un remedio posible.

En un clima familiar agobiante y saturado de conformismo, ¿cómo podría una mujer desarrollar su personalidad? ¿Vivir su sexualidad sin remordimiento? ¿Concebir una relación que no sea de poder con un hombre? Ella vive angustiada por el pecado, la deshonra, la pérdida de su virginidad, el miedo de tener hijos ilegítimos, y sólo una de cuatro mujeres entrevistadas (la más joven) no se siente culpable de tener relaciones sexuales premaritales. Las más independientes prefieren

hacerse mantener por amantes en una suerte de prostitución no declarada para ser libres de todo compromiso con una sociedad puritana.

Si en el Africa del Norte preislámica, la unión libre ("Tiddouk-la") era común, hoy sólo una minoría de mujeres se aventuraría a luchar contra la opinión pública que proclama: "hija del hombre, ella ha llegado a ser mujer del hombre", y a renunciar a lo que les da prestigio social y seguridad material: el matrimonio. Acosada por los sueños ambiciosos y conformistas de sus padres, por el mito del príncipe azul y los héroes de chapucería fraguados por las telenovelas, la joven se casa muy temprano y representa para sus suegros una persona todavía muy maleable.

A pesar de la ley ("Moudouwana") marroquí que estipula que un padre no puede obligar a su hija a casarse, siete de cada diez matrimonios están urdidos por las familias que disponen de todos los recursos, inclusive de la maledicción ("Assakht") para lograr sus fines. Del total de 75 mujeres entrevistadas, 42 admiten que tienen que aceptar con resignación el novio elegido por los padres, sobre todo si es "interesante" socialmente.

El matrimonio se parece a un contrato de venta e incluye garantías para que la esposa no sea repudiada. Una mujer virgen cuesta más al marido y el costo de las bodas puede ser exorbitante. La familia logra valorizar así a su hija, que será tanto más deseada después del matrimonio cuanto más sepa hacerse desear antes del casamiento.

El día de sus bodas la mujer se muestra en toda su ambigüedad de virgen-objeto sexual, muñeca depilada, pintada, perfumada, callada, lista para el sacrificio para el cual la sociedad la ha preparado: la desfloración, piedra angular de la condición femenina en Marruecos. En medio de lo que parece un combate entre dos familias, los familiares del novio esperan la prueba de su virilidad, la familia de la novia, la prueba de su virginidad y, en ambos casos, se acecha la sangre derramada.

La mayoría de las mujeres (que nunca han sufrido mutilaciones previas como en otros países musulmanes, ni infibulaciones, ni clitoridectomías) conserva memorias horribles de aquel momento. De esta violación ejecutada por orden social, una mujer recuerda: "Mi marido estaba feliz y depositó dinero en mi vientre".

Pese a su fundamental importancia en la vida de los indivi-

duos, el matrimonio no los une, sino que los aparta y termina siendo una convivencia entre dos extraños, con la procreación de varones como la meta deseada. Un dicho popular lo deja muy claro: "Una excelente mujer es aquella que tiene un hijo en el vientre, lleva otro de la mano y es seguida por un tercer hijo".

En cualquier momento el marido puede castigar (con el apoyo de sus propios padres o hermanos) o repudiar a su mujer y casarse con otra, viviendo así una poligamia encubierta. En Arabia preislámica, la mujer tenía el derecho de repudiar a su marido. Hoy, la mujer marroquí no puede sino divorciarse y empezar una vida solitaria, despreciada por la opinión pública. Una mujer alega: "Nuestra organización social no toma en cuenta el sufrimiento individual... La gente nos respeta únicamente en presencia de nuestro marido". A los 35 años, una mujer es considerada vieja para empezar otra vida conyugal.

Entre aquellas mujeres que han optado por tener un amante, una de ellas confía: "Mi marido no me respetaba; era pretencioso y orgulloso, mientras que el hombre que frecuento hoy no me considera como una esclava. Me ha dado confianza en mí misma". El amante permite conocer el placer y el

afecto, y vivir la sexualidad lejos de la familia.

La mujer que trabaja se enfrenta a una ley que estipula: "Todo ser humano es responsable de proveer por sus propios medios, excepto la esposa cuyo marido provee lo que ella necesita". Herido en su orgullo, el marido tolera difícilmente que su esposa salga a trabajar, coqueta, sin *djellabah*, y la explota como un patrón, a pesar de la ley que garantiza el derecho de la mujer a disponer de sus bienes. Muy raras son las parejas que viven en comunidad de bienes.

Sólo dos mujeres de cada cinco dicen haber conocido el placer sexual sin culpa: son las más jóvenes. Muchas marroquíes se preguntan acerca del significado del amor conyugal en una sociedad que reprime todo tipo de efusión y calor sentimental entre los sexos, donde es menos vergonzoso pronunciar palabras de amor en francés que en árabe, lengua que cuenta por lo menos con 60 palabras destinadas a este uso y que posee una rica literatura erótica.

Espejo de la vida cotidiana de la mujer, *Más allá del pudor* es una de las primeras tentativas éticas realizadas en Marruecos para romper el silencio e iniciar un diálogo entre mujeres y entre parejas, para que conozcan sus dere-

chos y sepan distinguir la religión y la ley (más tolerantes) de las creencias populares, fuente de los más absurdos excesos.

En una sociedad en mutación, cada vez más las jóvenes marroquíes se rebelan contra los abusos, la ignorancia y la mala fe, y sus voces esbozan utopías que se proyectan más allá del horizonte norteafricano.

Dominique Lieutet

Soumaya Naamane-Gessous, *Au dela de la pudeur (La sexualidad femenina en Marruecos. Conclusión de una encuesta sociológica realizada de 1981 a 1984 en Casablanca)*, Ed. Eddif, París, 1992.